

nici, de Luri, y le pidió hospitalidad por una noche. Santos le abrazó y le tuvo oculto dos meses hasta que pudo embarcarse con seguridad. Marboeuf lo supo, llamó á Dominici y le llenó de improperios y amenazas; pero cuando le oyó confesar el hecho y alabarse de él y decir que su puerta no estaría nunca cerrada á la desgracia, y que la virtud hereditaria de la hospitalidad sería siempre una herencia muy querida de los Corsos, Marboeuf, no ya juez, sino humillado, se conmovió y tendió su mano al generoso huésped. Del mismo modo cuando el valiente Astolfi era condenado con algunos centenares de compañeros á los trabajos mortíferos de Tolon por el infame bárbaro Sionville, el coronel Casabianca se opuso á la furia de este, diciendo: *Condenadme á mi con ellos*. Bárbaro le llamo, porque entregaba al saqueo y á las llamas las casas, degollaba los rebaños, y acompañado del verdugo señalaba con el dedo los árboles en que debía ahorcar á los pobres infelices de Niolo, tan memorables para Paoli; diciendo: *Este puede sostener uno, este dos*. Encorvaban (así se cuenta) varias ramas y despues de haber atado á ellas los miembros de los desgraciados, las soltaban y al recobrar su primera posición eran descuartizados.

Una acción mas despreciable, sino mas atroz, cometió Marboeuf contra el valiente Abbatucci. Marboeuf le habia cobrado odio tanto por su amor á la patria y porque se le creía autor de una carta ardiente dirigida á la Asamblea de los Estados, como porque habiéndole tenido un día en la antecámara esperando mucho tiempo mientras estaba en conversacion con Leticia Ramolino, dijo de él algunas cosas muy severas: así lo cuentan algunos, y en Córcega es muy vulgar la creencia, injusta á mi parecer, de que despues del año 70 se habia enamorado Marboeuf de Leticia. Lo cierto es que Abbatucci, teniente coronel, noble, de buen ingenio, diputado de Ayacio, fué acusado por testigos falsos (plaga de la Córcega) precisamente de haber sobornado testigos, y condenado á galeras y á ser marcado. Tres Franceses y un Corso le condenaron; tres Corsos le absolviéron en vano; en vano tambien intercedieron cinco obispos y los diputados todos de los Estados de Córcega, pidiendo á lo ménos que conmutasen la cadena y el remo en el destierro, en la cárcel ó en la muerte. El día que se celebró la infame ceremonia en Bastia, estaban cerradas todas las tiendas y las ventanas, y en las desiertas calles solo se veían soldados que no eran de Córcega. El verdugo hizo que ponía el hierro ardiendo en la espalda de aquel valiente, pero no se atrevió á tocarle; un consejero que estaba detras de los soldados le gritó: *Haz tu deber*; y el verdugo extendió el brazo como para dar la marca al consejero y cederle su vil oficio.

Si el verdugo en Córcega siente pudor y humanidad, bien se puede creer que el ladrón puede tener el sentimiento de la justicia. Un Frances dejó en casa de un saltador de caminos en Bocognano 4,000 francos y los volvió á encontrar en su mismo sitio; porque la hospitalidad es sagrada para el ladrón. Un bandido encuentra en un camino desierto extraviado al juez que le habia condenado y le enseña el camino y se descubre á él y le dice: *Me habéis condenado justamente, no os tengo rencor*. El conde de Cursay iba á condenar á un soldado que habia estado de centinela, como cómplice de la fuga de un bandido que se habia escapado de la cárcel; entónces los parientes del bandido le obligan á volver á su calabozo, y él vuelve fielmente, y el juez en premio lo perdona. Esta acción me recuerda otra mas antigua y mas memorable de Aquiles de Campocaso; perseguido este y no pudiendo ser habido, el juez mandó prender á treinta de su familia y les amenazó, si no le denunciaban, con el suplicio. Uno de ellos le respondió: *Preparad el suplicio*. Pero Aquiles para libertarlos se condenó á sí mismo al destierro. No solo desafiaban los Corsos la muerte

en el campo, sino en el patíbulo, muerte que exige una especie de valor mas difícil, porque en ella no embriaga al hombre el calor del combate, ni le aturde el ruido, ni le incita el ejemplo. Por el contrario, algunos, despues de haber tranquilizado su conciencia con los actos religiosos, rogaban que se apresurase el suplicio, y miraban tranquilamente los preparativos, intrépidos hasta lo último sin esa jactancia que suele ser á veces la marca del temor.

Todas estas cosas referidas por mí, como acostumbro, segun el orden de las ideas no de los tiempos, demuestran que la opinión comun de la nación era la que dirigía los actos é inspiraba al lenguaje de Paoli; porque solo es grande en el gobierno y en la elección aquel que sabe conformarse con el sitio y el tiempo en que vive, aquel que sabe comprender y adivinar fácilmente las nuevas necesidades, conciliarlas con las opiniones antiguas y con las necesidades eternas de la naturaleza humana, y manifestar de palabra y con el ejemplo los medios eficaces de satisfacerlas virtuosamente. Los grandes hombres mas bien que mandar, obedecen, mas bien que enseñar, aprenden, mas bien que crear, combinan; pero con la potestad que les da Dios de combinar las ideas, las voluntades, las fuerzas dispersas, mandan, enseñan y crean...

Rousseau, con aquel solícito amor que nos hace cara toda noticia de los hombres célebres, deseaba saber en qué escuela habia aprendido Paoli el arte de la guerra. Pero este arte, como todos aquellos que ejercen una gran influencia sobre la multitud, es instinto é inspiración: lo que pertenece verdaderamente al arte, no debemos creer que no lo pudiese aprender en Nápoles, aunque no se fundó el colegio militar hasta el año de 1756.

Las virtudes cívicas de Washington y de Paoli son superiores á las alabanzas que su ciencia militar le valió de Federico de Prusia, el primer capitán de Europa; porque Federico, como juez autorizado que era, media la ciencia militar, no por el número de las vidas perdidas, sino por la sangre economizada; no por el brillo de la ciencia, sino por la habilidad en aplicar las reglas del arte á la naturaleza de los lugares; no por el número de las fuerzas puestas en movimiento, que hace con frecuencia perder mucha parte del mérito, sino por la magnitud de las dificultades superadas con pequeños medios. No debe parecer extraño que yo una los dos nombres de Paoli y de Washington... á uno y otro los sostiene la lealtad, la constancia, la imperturbabilidad en los peligros, el amor al orden, la sobriedad, la moderación, la sencillez en sus obras, el desprecio de la utilidad privada, la piedad hácia Dios, la elocuencia eficaz, el noble comportamiento. Washington veinte años despues de Paoli rechazaba el mando supremo; y creo sincera en uno y en otro la resistencia, porque quiero creer siempre lo mas digno en todos los hombres, pero especialmente en los hombres célebres.

Washington llevó por el camino de la libertad á una gran nación, que tenia su fuerza en su número, en la extensión de sus confines, en el desierto de los bosques, en el desierto de las aguas aun no atravesadas por el vapor, vencedor del espacio y pacificador de la tierra; á una nación de espíritu mas tranquilo, de odios ménos inveterados, y propia por su naturaleza y sus costumbres para la disciplina civil y militar. Así, pues, si la fama y las dificultades, y por lo tanto mayores en América, las dificultades, y por lo tanto el mérito, eran mucho mas grandes en Córcega. Prescindiendo de que Paoli tenia que ser legislador y capitán, juez y padre, libertador y civilizador; debia impulsar á los ánimos y contenerlos; ser por decirlo así, un O'Connell gobernador y guerrero. Tenia que reprender para que no se excediesen en la soberbia ó en la ira aquellos valientes de quienes al mismo tiempo tenia necesidad para vencer, y hacia esto sin

cuidado; tal era la fe en la buena intención tanto suya como de los Corsos.

No miraba como hombres perfectos aquellos que no sirven mas que para la guerra; queria que aun en tiempo de guerra estuviesen ocupadas las milicias, porque tenia miedo al ocio, y temia la avidez del soldado mas que su mismo miedo. Si hay alguno que cree á Pommeruil que habla de las crueldades de los Corsos, como por ejemplo, el echar á un hombre vivo al fuego y sacarle despues y volverle á poner como si fuera un tizon, crea tambien al que dice que los Franceses al uso turco aserraron vivo á un Corso. Tales atrocidades fueron muy raras tanto por una como por otra parte, y de seguro no fueron ordenadas por Paoli.

Paoli se lamenta de que los Corsos no sepan sujetarse á una disciplina regular y den al enemigo ocasión de derrotarlos por su poca disciplina, pues por lo demas no podrian hacerlo. Pero siguiendo su buen instinto de confianza liberal, dejaba á los gobiernos de las provincias lejanas la facultad de dirigir oportunamente los movimientos. Sé muy bien que esto parecerá una libertad muy peligrosa á los hombres amigos de la centralización, que quisieran imprimir con un telégrafo eléctrico en el ánimo á millones de súbditos sus respetables mandatos. Yo, sin embargo, no quiero creer que la perfección de la civilización consiste en convertir á los hombres en máquinas; por el contrario, creo que consiste en dar á aquellas operaciones humanas que se hacian casi mecánicamente el valor de la elección, la luz de la prevision, el mérito del sacrificio. Y si en esta variedad hay algun desorden, del mismo desorden nace al fin un orden mas amplio y elevado. Paoli en este punto parece que no creía nunca ser demasiado liberal, y mandaba á sus súbditos que no dependiesen de su mando, y en lo recio del peligro escribia: *Si caemos, será por falta de jefes que quien á los pueblos*; palabras que serian una grave reconvencción á su gobierno, si él antes de aquel momento hubiese temido que sus inferiores adquiriesen autoridad sobre el pueblo; pero siendo las cosas como yo las he expuesto, estas palabras memorables prueban que si la Córcega fué vencida por los Franceses, fué porque no hubo hombres capaces de inspirar al pueblo la fe que le inspiraba Paoli. No pudiendo este hacerlo todo por sí, lo que él no hacia directamente, ó no llegaba á concluirse, ó tenia un resultado contrario al que se proponia. El mismo Dumouriez confesaba que si Paoli hubiese encontrado cuatro ó cinco jefes dignos de él, y si la ambición, la codicia y la envidia no hubiesen corrompido los ánimos de algunos Corsos traidores, la Francia no habria vencido.

Pommeruil por otra parte confiesa la destreza de Paoli para aprovecharse de la menor ventaja que le daba el enemigo. En los movimientos tenia secreto y prontitud; y es muy notable la seguridad con que distinguia si los del enemigo eran reales ó fingidos; no se cuidaba ni en la guerra ni en la paz de esos pequeños engaños en que tantos quedan presos queriendo evitarlos. Dirigia todas las operaciones por sí mismo: no se mezclaba en el combate; y esto no por temor, ¡porque una nación guerrera no hubiera sufrido un jefe cobarde!...

Es una prueba de la activa prevision de Paoli la marina formada en tan poco tiempo y que causó al enemigo grandes pesares, y ventajas no pequeñas á la patria. Sabia Paoli que los Corsos desde muy antiguo habian combatido con gloria tambien en guerras navales. Conocia que para cumplir el destino que les dió la naturaleza, debian ser como los Ingleses al mismo tiempo marineros, agricultores, comerciantes, guerreros. Si le hubieran dejado tiempo, habria aumentado las fuerzas navales y podido, segun el consejo de Napoleon, fundar nuevas poblaciones en todo el país que se extiende á lo largo de la costa. Un ca-

pitán llamado Lázaro Costa en cuatro años recibió treinta y ocho heridas, se apoderó de 2,000,000 de fr.; en una sola semana en diciembre de 1768 tomó dos naves, una cargada de fusiles y 384 barriles de pólvora, y otra de 64,000 francos y municiones de guerra.

TOMMASEO.

(C) pág. 47.

DE LA LITERATURA FRANCESA.

En los mejores tiempos del reinado de Luis XIV todo estaba predispuerto al orden; el genio se refrenaba á sí mismo, y la modestia aparecia como compañera inseparable de la gloria. En las letras la autoridad de los antiguos, en las investigaciones metafísicas y en la moral la autoridad de los escritos sagrados, en política la autoridad de un rey excesiva; pero sinceramente admirado, prohibian al pensamiento aquellos asuntos que no puede examinar sin peligro, y estos límites en vez de excitar quejas, eran respetados. El campo que quedaba á la fantasía, parecia bastante extenso, y una razón madura y profunda ayudaba á cultivarlo. El arte en el cual sobresalían eminentemente algunos, no era desmesuradamente elogiado. Ninguno creía haber hecho demasiado por la felicidad social con sus propios escritos, ni se dudaba tampoco que la doctrina de los sabios tuviera gran influencia sobre el destino de las naciones.

Los Franceses confiaban enteramente en Luis XIV, en Turenna, en Condé; para asegurar y aumentar su gloria exterior, ningun escritor se creía obligado á manifestarse agradecido á los beneficios del gobierno con juicios acerca de la hacienda. Las maravillas del arte aumentaban el prestigio que dan las grandes empresas y las obras maestras de literatura. La religion no habia sido nunca tan majestuosamente proclamada; nunca se habian hecho mas esfuerzos para ponerla de acuerdo con la razón humana. Bossuet, Pascal, Arnauld, Bourdaloue, habian restaurado y rejuvenecido este antiguo edificio, conservando cuidadosamente su angosta forma, y poderosos en sabiduría y en la observación, habian hecho de la moral evangélica sábias y extensas aplicaciones. No se creía que hubiese mas puntos sujetos á discusión que aquellos sobre que disputaban Arnauld con Claudio y los Jesuitas con Arnauld. El entusiasmo de la gloria y del amor se unian para engendrar el entusiasmo religioso, porque uno y otro cuando han perdido sus ilusiones, imploran el auxilio de la piedad: hombres ambiciosos, mujeres que habian sido esclavas de las pasiones, santificaban su arrepentimiento; madama de Longueville terminaba sus dias en la penitencia, y el cardenal de Retz se sepultaba en la soledad. Luis XIV sabia reconocer la superioridad de Racine y de Boileau en materia de gusto; pero Racine y Boileau no se atrevían á pensar en materia de fe, sino como sus doctos amigos de Port-Royal. Habia libertinos mas bien que incrédulos. El escepticismo, á decir verdad, principiaba á manifestarse en algunas sociedades entregadas á los placeres; pero los *espíritus fuertes* de aquel tiempo, lejos de aquella ardiente astucia ó de aquel orgullo que multiplica los prosélitos; eran indolentes y temerosos. La severidad de la religion moderaba la viveza y elegancia de la corte: el *Lutrin* se publicaba bajo los auspicios del presidente Lamoignon, y el *Tartufo*, eterno látigo de la hipocresía, era protegido por el rey, que posteriormente se vió obligado á crear el dominio de los hipócritas. Los descubrimientos científicos no turbaban aquella dichosa calma. Dominaba el cartesianismo. Espinosa habia abusado de este sistema hasta convertirle en fundamento del ateísmo; pero muy pocos eran los Franceses que se habian tomado el cuidado de profundizar estas terribles doctrinas entre los complicados razonamientos y el oscuro

lenguaje del Judío de Amsterdam. Malebranche fué el único comentador de Descartes, y la hipótesis en que nos hacía ver á Dios en todos nuestros pensamientos, fué generalmente admitida por todas las almas piadosas. Pascal, despues de haber perfeccionado mucho las matemáticas con la solución de los grandes problemas que él solo podía proponer, y despues de haber fundado la física en hechos que la hacían mudar completamente de aspecto, se dedicó á levantar barreras que pusiesen á la religion al abrigo de todo ataque por parte de la ciencia. El P. Mersenne, Roberval y todos los demas Franceses doctos imitaban su prudencia. Es verdad que Gassendi fué acusado de haber resucitado á Epicuro; pero la abjuración que hizo, y la piedad que despues parece practicó, echaron por tierra la acusación. La Sorbona admitía el sistema de Copérnico y los descubrimientos de Galileo, y las persecuciones sufridas en Italia por este filósofo despertaban la admiración. Se prestaba muy poca atención á la metafísica de los sabios extranjeros: los escritos de Hóbbes no se leían; bastaba que este filósofo enseñase un sistema perverso y que conducía á la desesperación, para que le rechazasen los Franceses.

Aquella edad de oro del genio fué cambiando poco á poco en el segundo período del reinado de Luis XIV, cuando principiaron sus errores seguidos casi inmediatamente de sus adversidades. Desde el año 1683 el prestigio de aquella constitución se debilitó, y las legítimas quejas de los dos millones de Franceses perseguidos por la revocación del edicto de Nantes y por las *dragonadas*, pusieron término á aquella unanimidad de afecto, de esperanza y de alegría que hacía veinticinco años dominaba en la nación. En vano el celo trató de cerrar los ojos ante los efectos de aquel acto, porque los padecimientos del cuerpo político se dejaron sentir: las manufacturas decayeron, la agricultura quedó abandonada, el reino despoblado, y los gravámenes que no podían ménos de causar el lujo y la guerra eran sufridos con impaciencia. Colbert no existía ya; y ni Luis XIV, ni los ministros á quienes él creía educar, podían reparar la pérdida de aquel gran administrador. Los Franceses echaron de ver con asombro que estaban mal gobernados, y aprendieron á observar los errores que cada día se cometían, y también aquellos que se habían cometido en lo pasado. Había penetrado ya tan profundamente en los ánimos un sentimiento de dolor, que Fenelon obedeció á él sin quererlo. El Telémaco parece una obra del siglo de Luis XIV y del XVIII al mismo tiempo: aquel no produjo ninguna obra de tanta pureza de estilo y de moral mas juiciosa y afectuosa; ni este oyó dar á los reyes lecciones mas severas, mas firmes y mas rectas. La infidelidad del criado que hurtó al arzobispo de Cambrai un libro consagrado únicamente á la instrucción del duque de Borgoña, produjo gravísimos efectos. Desde entonces fué ávidamente ambicionada la gloria de instruir á los reyes; progresó la ciencia de la constitución política; el gobierno se vió mas observado y se mostró mas tímido; despues se descubrió en el Telémaco una teoría de economía pública; pero cuando se publicó la obra, se vió en ella una sátira, y Luis XIV no fué para muchos mas que el débil y vano Idomeneo. Mientras el monarca veía dirigir un ataque indirecto, pero fuerte, contra su modo de gobernar, la religion encontraba el primer adversario que la ha combatido sin recurrir al auxilio de una secta religiosa, Bayle. Encubría este con muchos velos una incredulidad que no le era permitido profesar ni aun en países protestantes; escritor mas que agradable, fecundo en ideas nuevas y atrevidas, en paradojas ingeniosas, en sutiles discusiones, su pirronismo no podía agrar á la viveza francesa, pero la incredulidad aprendió en él á aguzar las armas que Bayle la había suministrado.

En este segundo período las letras descendieron de

la altura maravillosa á que se habían elevado; pero la decadencia no fué ni rápida ni humillante. Regnard, Dufresnoy, Dancour, Le Sage vinieron uno despues de otro á llenar el vacío dejado por Molière. Ni Corneille, ni Racine tenían sucesores, pero Crebillon, exagerando y llevando hasta el extremo el terror, conmovía la fantasía. Su talento sin estar perfeccionado por el gusto, ni fortalecido por aquellas meditaciones profundas que habían elevado á tanta altura á sus dos grandes maestros, adquirió fama con algunas escenas de su terrible *Atreo*, de su *Electra*, y especialmente en el *Radamisto* y *Zenobia*. Lafosse había podido pintar una vez á los Romanos despues de Corneille. Campistron con su estilo mas bien débil que elegante quería en vano reproducir algunos rasgos de Racine; y si alguna vez pudo conmover á los espectadores, no pudo entusiasmarlos nunca. Boileau, viejo ya, no tuvo el dolor de verse igualado. El genio laborioso y pertinaz de Juan Bautista Rousseau obligaba á la lengua á revestirse de la majestad lírica; pero apenas aquel poeta, que había trasladado á sus versos llenos de elegancia la unción de los libros sagrados, gozaba de su fama, la corrupción de la índole, la malicia de sus enemigos le cubrieron de la mas atroz y duradera enemiga; el proceso en que Rousseau fué acusado de impudente libelista, y de corruptor de testigos, fué la primera ignominia que sufrieron las letras en aquel siglo, del cual habían sido el mas bello adorno.

Lamotte aparecía como sucesor de La Fontaine y de Quinault; pero si le fué dado aproximarse alguna vez á la exquisita gracia del primero y á la delicadeza del segundo, no pudo nunca con sus epigramas ingeniosos, expresados sin poesía y sin naturalidad, compararse con el poeta de la naturaleza, y el *buen hombre* fué siempre antepuesto á su ingenioso competidor. Fontenelle, cuyos primeros ensayos habían sido despreciados cuando brillaba el genio en todas partes, adquiría importancia cuando iba este en decadencia y le sustituía la agudeza de ingenio. Fontenelle y Lamotte, unidos por tendencia, y rivales sin envidia, dominaban uno por medio de otro. El talento innovador se unía en ellos á una índole tranquila; ambos buscaban nuevos caminos; pero no ponían el pié en ellos sin cautela. Lamotte, apoyado por su amigo, volvió á sostener la cuestión de superioridad de los modernos sobre los antiguos, y mas dichoso que Serrault, en vez de encontrar adversarios semejantes á Boileau y á Racine, tuvo que defender su doctrina contra una mujer de gran erudición, pero no guiada por el gusto, que no sabía granjear prosélitos al culto que profesaba con fanatismo. La instantánea victoria que debió Lamotte á su ingenio y moderación, produjo efectos perniciosos. Al destruir la antigua veneración á aquellos maestros cuya autoridad es peligroso sacudir, cuyos ejemplos es también peligroso no apreciar, la victoria aumentó el orgullo del siglo que había comenzado, extravió el buen gusto, y puso en peligro el buen sentido. Los literatos se aficionaron demasiado á la novedad, recurrieron con frecuencia al amaneramiento y á giros extraños, para restaurar lo que no habían creado. El mucho cuidado por estos vanos adornos hizo descuidar la pureza, la naturalidad y el majestuoso esplendor de las imágenes. Fontenelle dirigió la atención de sus contemporáneos á nuevos objetos, y en su *Pluralidad de mundos* excitó la curiosidad científica de los hombres mas frívolos, y despues supo dirigir mucho mejor el impulso dado. Su *Historia de la academia de ciencias*, y sus *Elogios de los sabios* fueron modelos de un estilo tan ameno como profundo, y sembraron gérmenes de una emulación provechosa. Fontenelle, ademas, había ensayado otra empresa. La luminosa discusión á que dió lugar en su *Historia de los oráculos*, acerca de un punto considerado como una de las pruebas accesorias del Cristianismo, estaba escrita con tanta habilidad, que dejaba temer se propusiese atacar alguna otra barre-

ra exterior de aquel gran edificio; pero Fontenelle amaba al mismo tiempo su propia tranquilidad y la pública, y se calló: sin embargo, la neutralidad en que permaneció dejó sospechar que tenía alguna condescendencia con los incrédulos. Entonces se presentó Massillon á continuar los trabajos de Bossuet y de Bourdaloue; y es de sentir que un talento tan elevado estuviese destinado á brillar sin provecho en aquella corte tan dominada por la licencia.

Porque, aunque la corte afectaba una piedad severa, minuciosa, intolerante, las costumbres eran mucho ménos puras que cuando no tenía aquel aspecto tan austero. Los jóvenes cortesanos se entregaban con frecuencia á graves excesos, los cuales eran castigados débilmente por Luis, que temía divulgar el escándalo. En las mas rígidas sociedades había algunos acostumbrados á ridiculizarlo todo. El ingenioso Hamilton escribía las *Memorias del caballero de Grammont*, casi á la vista del devoto Jacobo II. La licencia, la sátira y la incredulidad eran seguros medios de agrandar no solo en la torpe sociedad del duque de Orleans, sino en la del duque y gran prior de Vendôme. El epicureísmo se hacía cada día ménos delicado y á causa del maligno placer de combatir la hipocresía, respetaba muy poco la religion. Cuando Chaulieu fué obligado por los años á contener su libertinaje, asoció á las quejas lastimeras que le arrancaba la pérdida de sus ilusiones las máximas de un deísmo declarado. Ninon de Lenclous en su vejez hacía tantos incrédulos como devotos podía hacer la viuda de Scarron, que estaba tan cerca del trono. La mayor parte de las *Memorias*, de las novelas y de las comedias de aquel tiempo manifiestan una corrupción de que se habían presentado muy pocos indicios en la época brillante de aquel reinado. El *Turcaret* se cree que se escribió en tiempo de la Regencia, y poco despues el célebre *Sistema*; sin embargo, aquella obra, representada en 1709, da ya una idea de las costumbres de una parte de la metrópoli, cuando la corte ponía todo su cuidado en edificarla con austeros ejemplos. Es evidente que aquella corrupción que debía muy pronto presentarse completamente desnuda, en tiempo de la Regencia no había sido obra de los literatos; ántes bien la mayor parte de estos contenían aquel torrente; basta recordar los nombres de Aguesseau, del buen Rollin, de Vertot, del abate Fleury, del abate Mongault, de Sacy y de madama Lambert.

La Francia, despues de haber producido á Descartes y á Pascal, tuvo que envidiar por algun tiempo á los extranjeros la gloria de genios creadores en las ciencias. Newton y Leibnitz se disputaban uno de los mas grandes descubrimientos, en que resplandece el poder de la inteligencia humana, el cálculo de las *fluxiones* ó diferencial; pero los sabios franceses fueron nombrados árbitros sin haber tenido parte en la disputa. Estos decretaron con justicia dos coronas en vez de una, y proclamaron á Newton y á Leibnitz inventores; pero cuando el primero desarrollando su sistema del mundo echó por tierra el de Descartes, se coligaron contra él, alejados de la verdad por una rivalidad nacional que retardó por algun tiempo al progreso. Cassini, Juan Domingo, llamado y retenido en Francia por la noble liberalidad de Luis XIV, se hizo inmortal con sus descubrimientos astronómicos, continuados despues por su hijo y su nieto, en los cuales apareció el mismo genio hereditario que hizo famosa en Suiza la familia de los Bernouilli. El marqués de l'Hopital se atrevía á resolver los mas difíciles problemas, en concurso con Bernouilli, Leibnitz y Newton; y para entrar en aquellas cuestiones tenía una clave particular, la geometría de los infinitamente pequeños, en la cual hizo nuevos progresos. Su actividad postró sus fuerzas, y Francia se vió privada del nuevo matemático que se consideraba digno de rivalizar con los sabios del Norte. También eran cultivadas entonces con gran fervor dos ciencias que en el siglo xviii ha-

bían de tomar un nuevo aspecto, la botánica y la química. La Europa pagaba un tributo de admiración y de reconocimiento al célebre botánico Tournefort, el cual fué uno de los primeros que dió el ejemplo de largos y peligrosos viajes, emprendidos solo en provecho de la ciencia. Las bellas artes durante la segunda parte del reinado de Luis XIV degeneraron mas sensiblemente que las letras. Aunque se refiere comunmente á la Regencia aquel tiempo en que la expresión alambicada, las frías reglas, los conceptos caprichosos é indecentes principiaron á introducirse en la pintura, es cierto sin embargo que en los últimos veinticinco años del reinado de Luis no aparecieron sino obras muy inferiores á las de la edad florida de la escuela francesa, abierta en tiempo del cardenal Richelieu por el inmortal Poussin, por Le Sueur, Le Lorrain, Lahire y Champagne, continuada por Boulogne, Jouvenel, Le Brun, Mignard y Santerre, aunque estos no igualasen á sus predecesores. Los discípulos de Carlos Le Brun aumentaron los defectos de aquel gran pintor, y no reprodujeron sino débiles destellos de su genio. Lo mismo que en la poesía, en la pintura principió á dominar el bello espíritu, y producía una turba de ingeniosos corruptores de aquel estilo vasto y sublime que parecía haber correspondido á toda la majestad del reinado de Luis XIV. Coypel quitaba la fuerza á la pintura histórica, mientras que Vateau desnaturalizaba el paisaje. Despreciado el estudio de lo antiguo, se hacían ingratos y estériles trabajos para descubrir nuevos sistemas de belleza. La escultura se aproximaba ménos á la decadencia, porque Coustou el menor sostenía su gloria. Los suntuosos caprichos de Luis en Versalles y en Marly y despues de repente los males de la guerra, impidieron que produjeran efecto los magníficos dibujos de Carlos Perrault y de su noble rival Bernini para la conclusión del Louvre. La iglesia de los Inválidos, edificada por Mansard, fué el último monumento que llevó impresa la grandeza del siglo. La capilla de Versalles anunció el momento en que el deseo de producir efectos variados, delicados y graciosos sustituía á las concepciones sencillas y sublimes. La mayor parte de las obras útiles emprendidas por Luis XIV habían sido concluidas por fortuna ántes de los quince años de calamidades que trabajaron los últimos días de su vida. Se tenía, es cierto, el hermoso canal que unía los dos mares; pero otros muchos proyectos que debían engrandecer la Francia de la misma manera, permanecían suspendidos y fueron por último olvidados.

El regente, aficionado en extremo á las artes, estimulado por una noble emulación á conocer no solo los resultados, sino también los procedimientos de las ciencias; mas erudito en las letras que ningun otro príncipe de su raza, no supo dar una protección juiciosa, ni una gran dirección á todo lo que había contribuido á la gloria del siglo precedente. Disminuyó y á veces envileció la pompa del trono por el desprecio que manifestaba á toda clase de freno, á toda ley de decencia. Las bellas artes se sacrificaron demasiado á las inclinaciones del príncipe, y muchas veces en el lugar destinado á escenas voluptuosas, pintaban escenas de libertinaje. El talento de invención se dirigió á aquello que fascina por un instante, ó á buscar nuevos modos de gozar. Se creyó que había grandes medios en abundancia, y se descuidaron los que Luis XIV había dejado imperfectos. En tiempo de este monarca el orden de las habitaciones no tenía aun nada de elegante ni de cómodo, sacrificándose todo al efecto majestuoso de las galerías y de las salas inmensas. El regente, y aun mas que él el duque de Borbon, introdujeron en sus palacios un orden que sustituía la gracia y la comodidad á una disposición incómoda. Los ricos, y poco despues los que poseían medianas fortunas, aprendieron á procurarse moradas agradables; los gabinetes y las salas eran pequeñas, eran un asilo muy

conveniente para el estudio, para la fantasía, ó para ilícitos placeres. Los huéspedes de la misma casa quisieron poseer también una casa particular. El uso de los espejos principió en tiempo de la Regencia; se adornaron con ellos las chimeneas y se dispusieron de manera que produjesen agradables sorpresas. La mayor parte de los señores trataban á porfía de sobresalir en estas frívolas invenciones. El lujo se hizo mas ingenioso, pero mas ligero, mas voluble, ménos útil para la riqueza y la gloria nacional. Se prodigaron grandes elogios á la compra que hizo el regente del magnífico diamante que lleva aun hoy su nombre; pero aquella cantidad enorme hubiera podido servir para mas de una empresa que hubiera inmortalizado aquel breve gobierno. El regente manifestó una magnificencia mas justa creando la hermosa galería del palacio real; pero ni el tiempo ni la ocasión le permitían igualar las riquezas que con tan buen gusto habían sabido reunir los afortunados Médicis. El sistema de Law cerró por algún tiempo la puerta á todo pensamiento grande y útil, y no hubo ni un monumento erigido para excusar aquella época delirante.

Las letras adularon mucho ménos que las artes la corrupción y los vicios de la época, y los que mas honrosamente las cultivaron enaltecieron la memoria de Luis XIV. Muchos unidos á la duquesa del Maine, censuraban las solemnes locuras de una corte viciada, ó á lo ménos no tomaban parte en ellas. En las disensiones de las familias de Orleans y del Maine, Fontenelle y Lamotte imitaron la política y los términos medios de aquel Atico que supo permanecer diestramente neutral entre gravísimas disputas y entre los rivales mas ilustres. La mayor parte de los literatos se gloriaban de igual conducta; eran buscados por ambos partidos, y aquellos mismos que habían empleado su pluma en favor del regente ó de Dubois, iban despues á consolar á la duquesa del Maine en sus desgracias.

En aquel tiempo era ménos estimado un talento impulsado por la naturaleza y la meditacion hácia un objeto determinado que una imaginacion flexible y propia para diversos asuntos. Era una gloria entre los literatos el recibir una buena acogida en la sociedad; y estudiaban entre los cortesanos sus artificios, y trataban de hacerlos conocer en sus obras. En el siglo de Luis XIV los grandes escritores habían rechazado esta frívola ambición. Corneille vivía tan solitario como Pascal; Molière no era generalmente, en sociedad, mas que un observador taciturno. La Fontaine se presentaba con una sencillez que sobrepujaba el común candor, pero con la amabilidad de una ingenua modestia; Racine, que reunía todas las maneras de agradar con una incomparable armonía, buscaba la tranquilidad doméstica. La Bruyère, que hizo tantos retratos, vivía tan ocultamente que han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho para encontrar anécdotas sobre su vida. Los escritores del siglo xviii estuvieron muy léjos de esta reserva; la variedad de conocimientos que los hacía célebres, la estimacion que se tenía ó se fingía tener al talento y á la cultura, les hacían árbitros en todos los asuntos que se tocaban rápidamente en las conversaciones. Y de esta manera, mas bien que con sus obras, se hicieron con el tiempo invisibles legisladores.

Muchas mujeres, á ejemplo de madama Tencin, tenían á mucha honra el reunirlos, el reconciliarlos, y aconsejarlos en los casos difíciles; los señores eran sus amigos mas bien que sus mecenas; el regente no les pedía falsos elogios, ni en rigor se descubre un carácter servil á los homenajes que le prestaron. Muchos de ellos, sin exceptuar á Fontenelle, elogiaron al cardenal Dubois que tuvo el capricho de entrar en la Academia francesa, pero lo hicieron evitando todo cuanto pudiera creerse abyección mercenaria. Basta con lo dicho en general: detengámonos ahora en aquellos que abrieron una nueva senda á

la inteligencia humana, en Voltaire y Montesquieu.

Voltaire, conocido entonces bajo el nombre de Aronet, cumplía veinte años á la muerte de Luis XIV, y ya lo mas ilustre de la corte, lo mas amable de la sociedad, lo mas notable de entre los hombres estudiosos habían presagiado su destino literario. Los eminentes maestros que había tenido entre los Jesuitas, habían formado su criterio con doctrinas justas y severas. La vivacidad de su talento había seducido á la célebre Ninon, que le dejó su biblioteca y sus máximas de independencia religiosa. Mucho tiempo antes de que resonasen sus hermosos versos se repetían sus agudezas; le creían aficionado especialmente á la sátira, creencia que le fué funesta. Poco despues de la muerte de Luis XIV entre las muchas composiciones en verso contra la memoria de aquel monarca, apareció una con el título *Je les ai vu*, la cual descubría el júbilo de un jansenista. Contra toda verosimilitud se atribuyó á un jóven que se burlaba de todas las sectas religiosas, y el regente que tenía el tolerar libelos contra Luis XIV, se apresuró á emplear la severidad, y Voltaire fué encerrado en la Bastilla. Este injusto rigor no fué ciertamente para el jóven poeta una desgracia; por el contrario, cuando salió de la cárcel se encontró con todos los medios para extender su fama.

Cuando se publicó el *Edipo*, las personas de buen gusto vieron con placer que la gloria literaria y las excelentes tradiciones del siglo de Luis XIV no se habían perdido; que el estilo de Racine había encontrado un imitador, y el genio de Sófocles venía á dominar en la escena, justamente en el momento en que los sutiles, pero injustos adversarios de los antiguos, se gloriaban de haber vencido. Lamotte, olvidando á su propia facción, tuvo la franqueza de aplaudir al jóven poeta, cuyo éxito justificaba á los antiguos y á la poesía. Dos malignos versos del *Edipo* habían llamado la atención de todos por su increíble audacia.

No^s prêtres ne sont pas ce qu'un vain peuple pense;
Notre crédulité fait toute leur science.

Y el pensamiento dominante de Voltaire y su gran talento se habían manifestado al mismo tiempo; cada palabra de su conversacion indicaba un impetuoso deseo de insultar á las creencias religiosas. Este medio de conseguir celebridad le fascinaba como si su genio no le hubiese podido suministrar otros. Las burlas que todos se permitían en la corte del regente sobre las cosas mas sagradas, no hacían mas que estimular su indiscreto furor. Dotado sin embargo de buen sentido, se hacía oposicion á sí mismo al querer seguir su pernicioso proyecto, y siendo jóven llegó hasta imponerse un freno que rompió en la edad madura, y aun mas en la vejez, y quiso dirigir sus perniciosos golpes solo contra el fanatismo. Con el ardor y la facilidad que eran el mas bello adorno de su genio llevaba á cabo la conclusion del poema *La Liga*, cuyo plan había concebido en la Bastilla. Causaba admiracion el encontrar en el autor de tan gran proyecto y del *Edipo* una alegría que parecía rayar ya en aturdimiento. Conciliaba sin embargo esta alegría con una actividad regular, que no descuidaba ni el trabajo necesario para conquistar gloria, ni los medios de conseguir un buen éxito entre los hombres cuya amistad podía darle crédito y entre aquellos cuya intimidad forma la dulzura del corazón y suministra el mejor alimento á la inteligencia. Ningun literato se había aproximado nunca á los grandes con mayor confianza, ó les había reducido mas diestramente á una especie de igualdad. Algunos amigos del regente, como Canillac y Bránca, se trataban como al mas amable de sus compañeros de placer, y muchas veces le defendían de nuevas imputaciones. Los epigramas se multiplicaban bajo un gobierno que los usaba con tanta

frecuencia; Voltaire se excusaba de los malos versos que le atribuían con versos que parecían verdaderamente inspirados en una cena del regente; el duque de Richelieu le admiraba, le buscaba sin poder tratarle como á un protegido y llevarle detras de sí en sus imprudentes intrigas amorosas.

El sistema de Law es una breve interrupcion en las obras del genio y de la ciencia. Había concluido esta cuando se publicaron las *Cartas persas*, y era natural que todo pareciese maravilloso y seductor en una obra que unía las vivas agudezas de su talento original á la discusion profunda de muchos problemas delicadísimos de moral, de política y de legislación. Se trató de saber el nombre del autor y fué doble el asombro cuando se oyó nombrar á un presidente del parlamento de Burdeos. Montesquieu, de edad entonces de treinta y dos años, dedicándose á los estudios necesarios á un gran magistrado, había sentido la audacia y los recursos de un genio independiente, y á ejemplo de Descartes en sus *Meditaciones*, lo había destruido todo para reedificarlo todo. La costumbre que había contraído de examinar severamente las preocupaciones, había aguzado su ingenio y cambiado su carácter. Ocupado enteramente en una obra capital, *El espíritu de las leyes*, quiso la precediese un ensayo que manifestase y aumentase al mismo tiempo su poder. Las muchas instituciones sociales que había sometido á exámen, no inspiraban entonces aquel respeto á que él se vió conducido por la reflexion, y especialmente por la experiencia; pero por otro lado no le arrastraba aquel vago espíritu que extravía la imaginacion en hipótesis infecundas. Conocía á los Franceses, y adivinaba ya las costumbres, las pruebas y la ardiente curiosidad que serían el atributo de la nueva edad. Trató de cuanto podía divertir, fascinar y escandalizar al público, y prepararle al mismo tiempo para los grandes ejercicios del pensamiento; pero se cuidó muy poco de dar una forma regular á sus *Cartas persas*. El público, que tenía la esperanza de leer una novela, se consoló de no encontrar en ellas acción ni interes al ver que sobresalían por un lado una sátira y por otro atrevidas proposiciones. La exacta descripción de las costumbres de un serrallo era una novedad que debía agradar mucho en tiempo de la Regencia. Racine había creído conveniente modificar esta pintura en la escena, con aquellos sublimes sentimientos que en nosotros produce el amor: Montesquieu se atrevió á pintar esta pasión desnuda de las ingeniosas delicadezas, reducida solo á la embriaguez de la voluptuosidad y envilecida por los abyectos cuidados de los celos. Luis XIV, sus jóvenes ministros y su vieja cortesana, la constitucion *Unigenitus* y el *Sistema* eran censurados en las cartas de Usbeck; los epigramas tenían una justicia y una fuerza que los convertían en proverbios, y les hacía mas amenos el que no parecían inspirados por el odio. Observando este feliz ejemplo se creyó que no era inconveniente para los conceptos mas graves el tono epigramático, y así como Montesquieu había cubierto su profundidad con el velo de la ligereza de la época, los que creyeron imitar su ligereza, creyeron que imitaban también su profundidad.

Ciertos epigramas de las *Cartas persas* tocaban á la religion; alguno parecía despreciarla. La incredulidad á pesar de todo no había echado aun profunda raíz, excepto en la corte, pero en aquellos tiempos se tenía imponer algun freno á la alegría del espíritu, y por otra parte cualquier escándalo parecía nada al lado del escándalo producido por las obras, los discursos, la prosperidad y los honores del cardenal Dubois. El regente y aquel ministro pasaron buenos ratos leyendo los *Cartas persas*, y Montesquieu no tuvo que sufrir molestia alguna. La persecucion hubiera irriado á aquella alma altiva, mientras que un éxito tranquilo la hizo moderada, y se dedicó en sus estudios á interrogar el pensamiento de los grandes legis-

ladores de la antigüedad, y en sus viajes el de los grandes hombres de Estado.

De las costumbres de la Regencia nacia un hecho que no pudo pasar en silencio. Las sátiras, los libelos, las caricaturas y las novelas licenciosas se multiplicaron de tal modo, que casi nos vemos inducidos á olvidar que todos estos géneros de composicion habían encontrado modelos en el reinado de Luis XIV, cuando Bussy-Rabutin había escrito ya sus escandalosas Memorias, cuando el monarca cubría con la fascinacion de una seductora galantería ó con la de la pasión sus adúlteros amores, y cuando en los últimos años de su reinado apenas se censuraba á Juan Bautista Rousseau por haber aplicado el docto trabajo de sus versos á cínicos epigramas. El farrago de composiciones licenciosas ó satíricas publicadas en tiempo del regente es inmenso; pero tienen todas tan poco arte, tan mezquino gusto, que muy raro es el descubrir en ellas la pluma de un escritor maduro. Entonces nació una literatura abyecta, venal, clandestina, siempre dispuesta á guardar y á ocupar los archivos de los escándalos de la corte, á infamar nombres respetables, á traducir en un estilo obscuro y corrompido los conceptos atrevidos, que autores mas cuidadosos de su propia fama habían cubierto con un velo ó moderado con algunas santas máximas. El número de libelistas fué siempre en aumento; la autoridad que algunas veces fué tan vil que se valió de ellos, recompensó sus perniciosos servicios con una condescendencia á que ellos llegaron á acostumbrarla. Entre los escritores, á quienes el celo de su propia fama no salvó de las imprudentes sátiras de la licencia, se puede citar á Voltaire, el cual aunque no era impulsado por la pasión á la vida licenciosa, para seguir los usos de la corte, creyó oportuno usar aquel lenguaje. El ministerio del duque no produjo efectos sensibles en las letras, en las ciencias ni en las artes; sus inclinaciones suntuosas no le inspiraron la idea de un monumento siquiera; le bastaba el efímero esplendor de las fiestas y de las ceremonias. Todas las obras duraderas que emprendía, llevaban el sello de una magnificencia exagerada. Y las famosas caballerizas de Chantilly, por ejemplo, demuestran mas bien el capricho que la grandeza de un príncipe. Las artes continuaron decayendo bajo un gusto falso y alambicado.

Voltaire es el único hecho señalado en la historia literaria de esta época. El poema de la *Liga* se publicó en 1725 sin el consentimiento de su autor, que aun no le había corregido completamente. En este poema era invocada y adornada con sus augustos colores la religion, y combatido el fanatismo con los hechos mas notables de nuestra historia. Esta noble y prudente leccion de tolerancia se dió en el momento en que el duque de Borbon había renovado las órdenes tiránicas del funesto edicto de Luis XIV. El afecto al nombre de Enrique IV, la emulacion por tener una epopeya nacional, no permitían que se examinase severamente aquel poema, comparando su plan demasiado simétrico, sus ficciones demasiado tímidas, con la marcha franca y el ardiente impulso de Homero y del Tasso. Los hombres sinceramente religiosos aplaudían versos en que veían ensalzada la religion, y la hipocresía, y todo lo que podía quedar del fanatismo, se horrorizaban ante la pintura de la noche de San Bartolomé. Voltaire gozaba de su gloria, y podía congratularse del próspero éxito de su moderacion en el poema de la *Liga*, cuando un accidente funesto vino á turbar de nuevo su destino, y produjo uno de los hechos mas importantes para las letras, las ciencias y la filosofía; su viaje á Inglaterra.

El poeta, honrado por los grandes, se enorgullecía de ser su enemigo; pero su afición al epigrama, y aun mas, su bilis prontísima á irritarse, le hacían muy peligrosa esta confianza. El caballero de Rohan se vengó de una injuria, que creyó haber recibido de él, haciendo que le maltratasen sus criados á la puerta